

Bib. Mayor de 1823 Nov IX 71 Sala 3 - 11379 BNC
P. 9. 12. del 12. 1. 2. 3 F. 9. =

verdadera fraternidad, de la igualdad verdadera.

El premio de la fe y del amor no es completo en la vida. Nacidos durante el destierro de nuestros padres, peregrinamos desterrados; herederos de su culpa, heredamos también el castigo; como ellos, llevamos en nuestro ser, estos dos seres que luchan y se agitan sin tregua y sin descanso; las enfermedades y la muerte se hicieron para nuestro cuerpo; el pesar y la tribulación son el patrimonio de nuestra alma. Pero cuando agobiados bajo el peso de tantas miserias, brotan del corazón torrentes de dolorosas lágrimas, la poderosa voz de la Religión penetra en nuestro pecho y convertidos súbitamente en ecos de esa misma voz, hablamos: "Creo que mi Redentor vivo y que en el último día he de resucitar; y en mi propia carne veré a Dios mi Salvador." Esa es la consoladora voz de la esperanza; de la esperanza que nos ofrece para la eternidad, y como premio de nuestra constancia, "lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni la mente del hombre puede comprender."

Vease, pues, como la Religión satisface cumplidamente esa imperiosísima necesidad que el hombre tiene de creer, de amar y de esperar. Sólo ella satisface esas aspiraciones infinitas ofreciéndoles como objeto un ser infinito, Dios.

Como usted ve, amigo mío, la naturaleza de cate escrito apenas me ha permitido tocar los puntos más culminantes de nuestra doctrina, a fin de mostrar cómo resuelve el catolicismo las cuestiones más importantes para el hombre. Hasta aquí, con los ojos levantados al cielo, hemos seguido al águila en su vuelo majestuoso; resignémonos ahora a bajar la cabeza para mirar, siquiera sea por breves instantes, el gusano que trabajosamente se arrastra sobre la tierra. Aplicando, pues, á la multiforme doctrina del libro pensamiento, ó sea, el racionalismo, la regla de que "por sus frutos los conoceréis," oigamos cómo resuelve las supradichas cuestiones.

Oigamos á un racionalista: "Existe Dios? no lo sé; al menos un Dios distinto de la naturaleza que me rodea no puedo comprenderlo. Por esta razón no acepto yo ninguna religion; pues mal puede ligarme ningún vínculo con un ser cuya existencia ignoro.

"El Universo es obra de la casualidad; millones de átomos giraban por el espacio, hasta que se reunieron, y se formó cuanto existe.

"Y yo, ¿quién soy? un orangutan perfeccionado, pues los apnos son los progenitores de la especie humana. Lo que en mí piensa, siente y quiere son los órganos, pues yo no descubro en mí sino el organismo que me muestran los sentidos: hay quien habla de alma espiritual, pero quien puede ver ni tocar un espíritu? Luego yo soy por mi naturaleza un animal como cualquiera otro, con la única diferencia de estar perfeccionado.

El placer me agrada, el dolor me repugna; mi naturaleza me está indicando, pues, que yo no tengo más objeto en la vida que gozar del placer y huir del dolor. Pero si este es mi objeto; yo tengo que lograrlo pronto; en consecuencia todos los medios me son lícitos con tal que me proporcionen pronto el objeto apetecido: goco yo, y si para ello es preciso, perezca el universo entero. Y si para gozar encuentro obstáculos invencibles y se me hace insufrible la vida, el suicidio pondrá remedio á todo.

"Mi último fin es la completa destrucción: muere todo mi ser, y descomponiéndose va á vivificar otros seres ó se confundirá perfectamente con la tierra del sepulcro.

Yo creo lo que mis sentidos me enseñan y mi razón me demuestra; amo lo que me gusta y me conviene; para después de mi muerte nada acino ni espero. Hasta aquí el libro pensador.

Ahora pregunto: ¿no es esta emplear la razón humana en degradar y envilecer al hombre asignándole un origen tan bajo, un destino tan indigno en la vida, y en su término un fin tan desesperante? ¿Un hombre en cuya mente reina la duda, en cuyo corazón impera el egoísmo, no rueda en una pendiente que lo lleva á todos los errores, que lo precipita en todos los vicios?

Y no se me vaya á objetar que lo que he pintado no es el racionalismo, sino el materialismo, el sensualismo ó cualquiera otra cosa; pues la mira que tuvo no fué la de exponer una teoría filosófica determinada, sino la de dar una muestra de lo que produce la razón humana entregada á sus propias fuerzas y sin el auxilio de la revelación. He querido hacer esto para poder decir: por tales frutos conoced ese árbol. Por lo demás, todas las sectas religiosas y filosóficas que se apartan del catolicismo se funden en el racionalismo; pues todas, en último análisis, son la expresión de una razón soberbia que sacude el yugo de la fe. Ciego, pues, y digno de profunda lástima

es quien se imagine que usted, señor Rosas, ha perdido algo por su conversión al catolicismo. Al contrario, deja usted las sombras para engolfarse en un océano de luz; huve del campo maldito de Satanás para afiliarse bajo la bandera de Cristo; usted sabe que los combates que tiene que librar son rudos, que en ellos recibirá dolorosas heridas y que no ha de tener descanso sino cuando rinda en la lucha su existencia. Pero usted sabó también que el soldado de Cristo que como bueno y fiel pelea hasta lo último, al espirar se halla en los amorosos brazos de su Jefe, de quien oye estas palabras de vida eterna: "Yo soy la resurrección y la vida; quien en mí cree, aunque estuviere muerto vivirá; y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente."

Su amigo en Jesucristo,
Luis A. Mesa.

Mayo 8 de 1873.

3844

LAS APARIENCIAS.

HAY una escuela ó una secta, ó por lo ménos una teoría filosófica, que fundándose en la observacion de que las sensaciones no están en los cuerpos que las producen sino en los órganos que las reciben, ha sacado por consecuencia que nada tiene en el mundo realidad efectiva, que todo está reducido á meras apariencias.

El color es como una superchería de los ojos.

La música, una mera adulacion de los oídos.

Los perfumes, recreos imaginarios del olfato.

El sabor, una engañifa de nuestro paladar.

Y la aspereza y la suavidad, puras embusterías del tacto.

El dolor que experimentamos al chocar violentamente cualquiera de las partes de nuestro cuerpo con otro cuerpo extraño, es hasta cierto punto una quimera; y si apuramos el razonamiento, vendremos á parar en que sentimos el dolor, permitasque la desvergüenza, porque nos da la real gana de sentirlo.

No se nos conceda á los cuerpos más cualidad propia que la de la extension, y todas las demás circunstancias, digámoslo así, que en ellos advertimos, es pura trampantoja.

En nuestros órganos está exclusiva-

mente el secreto de toda esa fantasmagoría de sensaciones con que los objetos nos engañan, merced á la traidora connivencia de nuestros sentidos.

Sacando estas averiguaciones científicas de las altas regiones especulativas de la filosofía, y trayéndolas á este mundo en que vivimos los simples mortales, podremos advertir la variedad de engaños con que llenamos de atractivos las tristes soledades de la vida, para caminar alegremente por las asperezas de este valle de lágrimas en que hemos nacido.

Se acusa á nuestro siglo de ser ferocemente positivo; horriblemente desprecupado, y como ninguno tenaz en el empeño de extraer y suprimir la sustancia real de todas las cosas.

Parece que desdeña las ficciones de la poesía, las ilusiones estériles del arte, las fantásticas creaciones del ingenio. No es un siglo heroico ni un siglo pastoril, ni un siglo caballeresco, ni un siglo religioso; es, digámoslo así, un siglo científico, que todo lo analiza, que todo lo descompone, que todo lo explota; es el siglo de tres y dos son cinco.

He dicho que es un siglo científico, y debo advertir que esta calificación solo le corresponde en el sentido de haber aplicado la ciencia á la industria.

Pues bien; si es así en el fondo, en su aspecto hay algo de teatral, mucho de relumbro, bastante de bombo y platillos; si bien se mira no es oro todo lo que en él reluce, y es bastante más el ruido que las nueces.

Pero no es mi propósito en este instante entristecer el ánimo del lector descubriendo á sus ojos deslumbrados las vanas apariencias de gloria, de prosperidad y de civilización con que se viste nuestro siglo. Estamos, y he aquí la única realidad que en este punto descubro, presenciando una gran comedia, y sería una crueldad desvanecer la ilusión de los espectadores advirtiéndoles que los personajes que la representan son meros comediantes, pura ficción sus palabras, sus acciones y sus sentimientos, y mentirosa perspectiva el pomposo lujo del aparato escénico.

Mi intento es únicamente advertir que este siglo, tan positivo y tan práctico, es al mismo tiempo soberanamente frívolo y pasmosamente crédulo.

Por un singular contraste de las cosas el siglo de la razón ha producido generaciones de hombres especialmente entre-

gados á las alucinaciones de los sentidos; esto es, á las supercherías de los ojos, á las adulaciones de los oídos, á los recreos imaginarios del olfato, á las engañosas del paladar y á las embusterías del tacto; en una palabra, á todas las mentirosas apariencias de la sensualidad.

Ahora bien, yo hago un razonamiento desconsolador y digo:

Si las delicias que gozamos son falsas, nuestra felicidad no puede ser verdadera.

No obstante, parecemos dichosos, porque hemos refinado y multiplicado los placeres, y los placeres son las apariencias de nuestra dicha.

Parecemos dichosos, y hemos llegado á creer que lo somos, porque al fin, sea como quiera, nuestra ambición es bastante razonable, se contenta con las apariencias.

Acaso (perdonad este arranque de sensibilidad) acaso, digo, no hay más felicidad positiva en la tierra que aquella dulce satisfacción que nos proporcionan los tiernos sentimientos; mas... ¿quién cree ya en semejante cosa?

Es indudable que la dicha no está vinculada en la riqueza; no consiste en la refinada comodidad de los muebles que nos rodean, ni en lo exquisito de los platos que se sirven en nuestra mesa, ni en el delicado *comfort* de nuestra casa; la envidia y la codicia se equivocan grandemente si, por estas apariencias de dicha creen que la felicidad ha de andar en coche.

Todo eso será un placer ó muchos placeres; pero ya no nos es posible prescindir de ellos: despojados por un momento de esas apariencias de dicha que poseemos ó que ambicionamos, y no sabremos vivir, no encontraremos en nuestro corazón la deliciosa compañía de los buenos sentimientos y huiremos atribulados de sus espantosas soledades.

Y no hablo por los que dejándose arrastrar por el torbellino del mundo se agitan incesantemente movidos por la imperiosa inquietud de las disipaciones; me dirijo más bien á esos corazones en los que parece que la Providencia ha grabado más fuertemente el sello de los sentimientos delicados.

No es objeto de mi observación la sociedad loca y corrompida sino la familia juiciosa y honrada, no voy á buscar el poder de las engañosas apariencias en la escena tumultuosa del mundo, ni en el vértigo ciego de los brillantes placeres,

sino en el rincón apartado del hogar doméstico, pacífico y modesto.

Los personajes que distingo en la tranquila oscuridad de esta vida íntima son dos: una madre y una hija; dos corazones unidos por el doble vínculo de la naturaleza y del amor.

La felicidad llama á la puerta de esta casa bajo el aspecto de un joven que lleva en su pensamiento la imagen bella ó graciosa de la hija.

Es un pobre muchacho que tiene la cabeza llena de ilusiones y el corazón lleno de ternura.

Los ojos negros ó azules, pues para el caso es lo mismo, de la hija han despertado en su alma un vivo sentimiento.

La madre pregunta:

— ¿Quién llama?

— Quiero mi corazón.

— ¿Y qué trae?

— Trae el suyo.

La madre parece pensativa; medita profundamente, porque sus palabras van á decidir de la felicidad de su hija.

Es verdad que es un joven sano, robusto, que trabaja, que interesa, que es digno de ser querido; es ciertamente una esperanza de felicidad; pero quién sabe! la vida es cara y los tiempos son malos... el amor es sin duda risueño; pero ¡la pobreza es tan triste!... Sí, su corazón es hermoso... mas su fortuna es tan escasa!

— Hija mía, dice la madre, yo no pienso más que en tu felicidad, y no creas que la felicidad nos la trae el primer joven que pasa por la calle. Tienes aún pocos años, dicen que eres hermosa, y todavía puedes esperar... No te abandones á los impulsos de tu corazón. Estás acostumbrada al regalo y á las comodidades, y te costaría muchas lágrimas perderlos. No te fies de las vanas apariencias con que sonrío á tus deseos la perspectiva de una dicha tan dudosa.

¡Qué juiciosas estas reflexiones, que la hija no tiene nada que replicar á ellas, y huyendo la cabeza suspira y espera, exclamando interiormente:

— ¡Oh! si le cayera la lotería!

Vive allí cerca un hombre que estará al cumplir los sesenta años. Hasta entonces ha sido un ser oscuro, indiferente, insignificante, pero empezará á brillar sus ignoradas cualidades á la luz repentina de una herencia inesperada.

— ¡Oh! qué felicidad es ser rico!

Su casa es magnífica... Qué habitacio-

nes!... Qué muebles!... En su mesa se sirven los platos más exquisitos... ¡tengo coche!...

Todos dicen:

— "Ese hombre puede hacer feliz á cualquier mujer."

Y debe ser cierto, porque todas las bocas le sonrían como si él fuera la felicidad misma.

— A la madre se le ha ocurrido también esta misma idea...

La felicidad positiva llama á la puerta de esta casa bajo el aspecto de un pobre viejo que lleva en el fondo de su bolsillo una fortuna.

La madre pregunta:

— ¿Quién llama?

La hija contesta:

— El vecino.

— ¿Cuál?

— El rico.

— ¿Qué quiere?

— Quiero mi mano.

La madre parece pensativa; medita profundamente, porque sus palabras van á decidir de la felicidad de su hija.

En verdad que es un hombre viejo, y es claro, achacososo; es verdad que no posee los encantos de la juventud, y que no puede inspirar una pasión tierna.

Ciertamente no es á propósito para ser el héroe de una pasión amorosa; pero ah!... la vida es cara y los tiempos son malos; el amor es sin duda alguna muy risueño, pero la pobreza es tan triste!...

— Hija mía, dice la madre, yo no pienso más que en tu felicidad, y no creas que la felicidad nos la trae el primero que pasa por la calle. Ya tienes edad para pensar juiciosamente; dicen que eres hermosa, y bien mereces la fortuna que viene á buscarte. Estás acostumbrada al regalo y á las comodidades y te costaría muchas lágrimas perderlos... No te fies de las vanas apariencias con que sonrío á tus deseos la perspectiva de una felicidad dudosa, y piensa que te se ofrecen las realidades de una dicha segura.

Tan razonables reflexiones no tienen réplica en el mundo, y la hija no encuentra nada que oponer á ellas. Baja la cabeza, suspira y exclama interiormente:

— ¡Oh! si fuera el otro!

— Porque es preciso fijar bien el punto de esta cuestión.

— La felicidad humana se encuentra verdaderamente en las suntuosas paredes de una casa espléndida, en las reunidas

comodidades de un mueblaje lujoso y en la indolente delicia que nos proporciona la flexible cadencia del coche en que arrastramos nuestras vanidades?

Francamente: ¡la felicidad está en los ojos, en los oídos, en el olfato, en el paladar y en el tacto; esto es, en las groseras satisfacciones de los sentidos, ó tiene su noble asiento en el fondo del alma?

— Es verdad que como Esau hemos vendido la primogenitura de nuestro excelso origen por un miserable plato de lentejas?

Hará muy bien el lector en reirse del énfasis de esas interrogaciones. Yo también me río de ellas; porque preciso es que nos desengañemos, el corazón no ha sabido nunca más que darnos sentimientos, mientras los sentidos nos llenan la vida de placeres.

Dicen los espíritus austeros, y han llegado á creerlo las conciencias piadosas, que el alma humana encuentra la felicidad verdadera en los sufrimientos y en las penalidades, y para demostrarlo sacan á relucir la grandeza de los héroes, la paz de los santos y la gloria de los mártires; pero hé aquí que nuestra generación no abunda en héroes, ni en santos ni en mártires.

Nuestras bienaventuranzas son más sencillas: están reducidas á esta única frase: "Beato el que posee."

Un hombre de Estado, célebre, hallándose en el poder, fué advertido de que uno de sus amigos políticos se disponía á impugnar una ley importante que iba á discutirse.

— ¡Oh! exclamó, ¿qué quiere ese hombre?

Es Director general, tiene dos grandes cruces, disfruta cincuenta mil reales de sueldo, se le da casa, se le da coche...

— ¿por qué, pues, está descontento? Y tenía razón. ¿Qué apariencia faltaba á su felicidad? ¿qué placer faltaba á su dicha?

Podremos vivir inquietos, agitados; podremos ser infelices en el fondo de nuestra conciencia, pero es una inquietud caprichosa, una agitación absurda, una infelicidad insensata, porque nos rodean todas las apariencias de la dicha. ¿Qué placer falta á la fantástica satisfacción de nuestros sentidos?

Las apariencias son muchas veces la falsificación de las cosas.

— No sabéis que las lágrimas son con frecuencia la expresión inefable de un gozo inmenso?